

¿Para qué sirve un cuerpo?

por Paulina Bonino

El hombre, llamado Joseph, está recostado en una cama de una plaza. No puede moverse: tiene encima el cuerpo de Burke. Por detrás de Joseph, del lado de su cabeza, se encuentra Hare. Moldea sus facciones, acaricia el rostro de la víctima. El hombre recostado, llora. Como puede, y como le permite hacerlo el peso de otro hombre encima de sí. Aún no sabe que se ha ganado su libertad.

Al comenzar la noche, cuando la víctima no sabía su destino y, a decir verdad, ninguno de los presentes lo sabía, Hare percibió en su acento algo familiar. Luego supo que el hombre se había criado muy cerca de donde él había nacido. Supo que compartía algo que la distancia grandifica: el origen. Supo que no lo iba a poder matar.

El hombre tenía alrededor de quince años menos que Hare. Tal vez la piedad repentina que sentía no fuera hacia la víctima exactamente, sino hacia su propio pasado. O tal vez un hecho, una situación inesperada, alcance para sentir que ya no se puede hacer algo que se hizo tantas veces.

Burke hace un gesto a Hare para que le impida respirar a la víctima, como diciendo “es ahora”. Pero Hare duda, como jamás lo ha hecho. Burke hace más presión sobre el pecho del hombre, pero sabe que matar es un trabajo de dos. Hare mira desde arriba a su víctima, con su ángulo deformado: jamás Burke va a ver lo que él ve. Y dice lo que ya sabía desde antes: no puedo. Da un paso hacia atrás y se separa unos centímetros. Burke continúa

sentado encima del hombre e intenta con sus propias manos hacer el trabajo de Hare. La víctima, como puede, se lo saca de encima. Queda enfrentado a él: cambia su condición.

Todos los asesinatos de Burke y Hare fueron hechos sin dudas y sin rastros de sangre. Un mes atrás había sido el turno de una mujer que vivía en la calle. Nadie preguntó luego por ella, nadie supo que hacía falta en el mundo. Tal vez Burke y Hare llegaron a pensar que a más de una persona le estaban haciendo un favor.

La mujer, antes de morir contó su historia: había sido la reina de Inglaterra, en el año 1750, y toda su fortuna estaba enterrada. También había sido bailarina, prostituta y tenía una familia numerosa. Había sido todo lo que se pueda imaginar. Cuando Burke y Hare decidieron callarla, contaron para sí mismos qué sucedería con ella. Al día siguiente, habría un funeral multitudinario y ellos asistirían. Millones de personas vestidas de negro acompañarían un féretro que avanzaría a paso de hombre, pero de hombre cansado, y todo ocurriría en la ciudad de Londres. Llovería, como es habitual, pero esta lluvia tendría la tristeza de la soledad, de un pueblo que se ha quedado sin su líder. La transformarían en Santa, y honrarían la humildad con la que acabó sus días, a pesar de tener toda la fortuna del mundo; sabiendo que toda la fortuna del mundo no es nada.

La señora yace muerta en la cama, y Burke y Hare por un momento parecen olvidarlo. Luego es llevada donde espera el doctor y profesor Know. Un cuerpo como alimento. Cada cuerpo es la posibilidad de descubrir algo nuevo, de estudiar el engranaje que lo hace funcionar. Know no va más allá de eso: solo le interesa el mecanismo natural, lo que puede observar y

tocar. Su composición, sus órganos, sus fallas. No va a reparar en por qué un hombre, o varios, son capaces de acabar con esa máquina casi perfecta.

Burke y Hare entran por una puerta lateral de la Facultad de Ciencias Médicas. Al llegar, Burke dice para ambos: ¿Pueden creer? ni un gracias de parte de la mujer. Llega a la universidad gracias a nosotros y ni un gracias. El doctor ríe. Entrega el dinero acordado y los despide.

Burke y Joseph están enfrentados. Hare mira la escena, pero no se mete. Confía en Joseph, como si realmente lo conociera. Cuando Burke se abalanza sobre Joseph, Hare lo detiene. Se queda inmóvil, ellos son dos. Hare propone darle trabajo a Joseph en su pensión. Considera que necesitan a alguien que pueda vigilar los movimientos. Burke duda, no hay nada que indique que no los vaya a delatar. Acusa a Hare de haberse vuelto loco; de haberlo arruinado todo. Pero Joseph acepta: da su palabra. Hare sonríe y le asegura que de no cumplir su promesa podría ser muy fácil volver el tiempo atrás. Ante la mínima sospecha. Quien mata, dice, puede todo; si quiere puede cambiar el pasado. Burke, sintiéndose en inferioridad, acepta también. A la semana siguiente, Joseph comienza a trabajar. Se instala en una habitación sin uso y se encarga, a los ojos de los demás, de las tareas de limpieza.

Joseph ve entrar a Burke y a Hare con una nueva víctima y sabe, como si se tratara de una premonición, todo lo que le depara. Y también sabe cómo se siente el peso de Burke sobre el pecho de uno mismo. Traga saliva. No hay nadie en la pensión. A

los dos días, va a la sala del laboratorio de la Facultad donde yace el cuerpo. Joseph podría ser un estudiante más, como los cientos que observan sentados. El profesor maniobra con un cuerpo dócil, incapaz de poner resistencia.

Una noche de abril Burke y Hare llevan a su habitación a quien va a ser su última víctima. Joseph les informa que los vecinos están rondando, que no es conveniente hacer ruidos. Y ellos aceptan. Escuchan a su víctima que habla como si supiera que no lo va a poder hacer nunca más. Ella cuenta que su marido la ha dejado, que tiene dos hijos y que los cría sola. En cada historia hay partes de otras historias que ya les han contado. Una y otra vez. Si quisieran, ellos mismos podrían contarle a la víctima su propia vida. No se equivocarían en las generalidades, tal vez sí en los detalles, pero es probable que la persona también los confunda, los olvide. ¿Qué importancia tienen?

A ella la asesinan por la tarde. Una vecina quiere entrar en la habitación de Burke. Joseph pasa por detrás, y hay una mirada entre ella y él. Puede ser complicidad, o puede ser temor. Burke no le permite la entrada. Pero cuando la habitación queda libre, ella entra. Y Joseph no está. La vecina ve el cuerpo y huye. La policía luego llega a la habitación, ya no hay rastros de la víctima, pero entre Burke y Hare se contradicen en sus testimonios. Como si, por separado, no pudieran funcionar. Matar es un trabajo de dos.

Un mensaje conduce a los investigadores a la oficina del doctor Knox. Allí reposa el cuerpo de la última víctima. Ese mensaje, con letra de Joseph, escribe el destino de Burke. Hare en su testimonio no mencionará a Joseph. No lo interrogan tampoco en carácter de trabajador de la pensión porque Hare les dirá todo lo

que necesitan escuchar: la cantidad de víctimas, anotada en una libreta sus nombres, la forma en que hacían lo que hacían, cuándo empezó y por qué.

Hay una multitud de personas en la plaza principal. Se estima que alrededor de 25 mil espectadores. El cuerpo de Burke servirá como material de estudio. Va a ser otro el profesor que pueda ver qué hay dentro de un hombre que ha matado más de 23 personas. Va a comprobar, con cierto temor, que hay lo mismo que en todos los demás.

La función está por empezar. A Burke le dan permiso para decir sus últimas palabras. Se excede: cuenta su vida. Excepto por algunos detalles podría ser también como cualquier otra vida. En este caso, los detalles importan. Son lo bastante significativos para que él esté ahí.

Él cuenta su historia. La Historia la completa después.